

SOCIEDAD DE OCEANOGRÁFIA DE GUIPÚZCOA

---

DE OCEANOGRÁFÍA FÍSICA

---

---

Las luces rojas de la Concha de San Sebastián.

QUIEN al fijarse por primera vez en el farol de cristales rojos que se alza en el centro del paseo de la Concha, pregúntase, con natural curiosidad, el por que de su diferencia de color con los demás del alumbrado, oiría la contestación de que «su objeto es servir de guía a los marinos en sus entradas de noche», y exclamaría, más o menos enternecido, mirando al mar y recordando sus furias: «¡Ah!, vamos; muy bien. En verdad que todo es poco para los pobres navegantes!».

Pero tergiversando el sentido de la frase, pudíramos decir nosotros: «¡Y tan poco como es!». Es decir, no es solamente poco, sino que semejante luz, que es útil, a su modo, para las gentes prácticas de la localidad, podría convertirse en sirena silenciosa y engañadora para el navegante en general, que en noche cerrada dudase de la verdadera situación de su barco y viniese a buscar un refugio en nuestra Concha; pues si no ocurren naufragios, debe atribuirse a que no vienen de noche buques extraños. Y aun a los pescadores y capitanes prácticos, poco servicio puede prestarles esa modesta luz, circundada como hoy esta por potentes focos eléctricos que eclipsan casi todo su brillo.

Más que por cariño a la idea propia y por el deseo lógico de ver implantado lo que en unión y por sabio consejo de queridos compañeros propusimos y fué aprobado en donde la autoridad municipal

tiene su asiento, por amor a cuantos navegan y a cuanto significa progreso nos decidimos a dar, de tiempo en tiempo, un toque de bocina para recordar lo de las proyectadas luces de enfilación para la entrada y salida de nuestra bahía; pero aunque el señor Alcalde y los Presidentes, anterior y actual, de la Comisión de Gobernación, contestan con su exquisita cortesía a las recomendaciones individuales y a los atentos recordatorios de entidades como las de Oceanografía y Salvamento de Náufragos, prometiendo la pronta ejecución de la pequeña obra, la luz antigua sigue en el puesto que la destinaron, aunque se me antoja que está avergonzada, pues cada día se esconde más detrás de las copas de los tamarindos, cual si comprendiese el ridículo—si no pudiese ser perjudicial—papel que desempeña.

Hace unos meses se han verificado exámenes de prácticos del puerto en la Comandancia de Marina, y uno de los puntos sobre que el programa de esos exámenes versaba, era el de: «Luces o faros de costas e interiores de puerto en San Sebastián y sus cercanías».

Cumpliendo el Programa llegaba su turno a nuestra luz roja, y los aspirantes a prácticos respondían invariablemente: «Esa luz puede servir de guía para entrar en la Concha; pero cuando se viene del Oeste (que es de donde vienen a nuestro puerto la mayor parte de los buques que lo frecuentan) pudiera ocasionar el naufragio del buque que, al avistarla en noche obscura, se dirigiese a la bahía, pues con la luz a la vista puede un buque pasar por encima del peligroso bajo de la Bancha o pegar contra las restingas de Santa Clara o monte Urgull. Por tanto, al divisarse esa luz roja, conviene seguir navegando hacia el Este hasta que el monte Urgull nos la oculte, y entonces *volver para atrás* a avistarla nuevamente, para seguir su dirección, que será aproximadamente la del centro del canal». ¿Qué les parece a ustedes el sistema? ¿Puede darse nada más primitivo?

Muchas veces pienso en si en esto de las luces habrá algo que se escape a mi penetración, pues ni el presupuesto es de consideración ni a nuestros concejales les falta talento, patriotismo ni generosidad de sentimientos para ejecutar cuanto pueda traducirse en adelanto de la cultura y bien del prójimo, proceda de la propia o de ajena iniciativa.

Cuando los dos pequeños faros de enfilación estén funcionando, el navegante que venga en busca de nuestra bahía mal alumbrado por la candileja de la bitácora y aviste los focos del Gran Casino y los que coronan las cumbres de los montes Ulía e Igueldo que le inviten a

meditar, verá también, desde la cubierta de su buque, las dos luces rojas que le indicarán que no se han olvidado de él en la ciudad brillante, y en vez de renegar de la iluminación profusa que ahora le dificulta ver lo que le conviene para tomar un buen rumbo, se dirigirá a enfilar aquellas dos luces superpuestas que están destinadas a él; que para él solo se encienden todas las noches; que a él solo hablan. Y como el marino, a su vez, comprenderá el lenguaje confortable y misterioso de aquellas dos luces reposadas pero de intensidad benéfica, las mirará con gratitud y complacencia y las tomará por guía para dirigirse al fondeadero con tanta seguridad como de día, si las necesidades de su tráfico o la exigencia de un accidente marítimo le obligasen a entrar en la bahía durante la obscuridad de la noche.

J. DE S.

Vocal de la Sociedad de Oceanografía de Guipúzcoa

